

Adam Thirlwell vuelve a deconstruir la Inglaterra de hoy en 'La huida'

El joven autor de la generacional 'Política' se mete en la piel de un septuagenario ex banquero judío de espíritu adolescente, al más puro estilo Evelyn Waugh

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona

Dice que lo único que tiene en común con Martin Amis es que los dos son bajitos. Y, por supuesto, ingleses. Adam Thirlwell (Londres, 1978) se convirtió hace siete años en el joven autor británico más prometedor de la década (él y Zadie Smith son, hoy por hoy, lo mejor de la última hornada inglesa) gracias a Política, su debut literario, un ácido y, como ya se ha dicho, insultantemente bueno, retrato de la juventud inglesa (al estilo Bret Easton Ellis en Menos que cero, versión fan de Evelyn Waugh) de la que él mismo formaba parte. Por aquel entonces, Thirlwell apenas tenía 25 años (la edad a la que debutó Truman Capote, por cierto) y su agente no dejaba de llamarle. «Me llamaba a todas horas, como si fuera mi madre. Realmente ahora pienso en aquella época y me doy cuenta de que estaba muy asustado. Los demás lo notaban pero yo no», cuenta Thirlwell. Ahora ya no lo está. Se ha acostumbrado a ser escritor. «Nunca he sido otra cosa que escritor», dice. Y es cierto, cuando acabó la universidad, tenía Política lista y a su agente no le costó nada venderla a casi todas partes (se ha publicado en 30 idiomas). Luego escribió un ensayo sobre traducciones (sobre cómo la traducción afecta a los textos) llamado *Miss Herbert* (que Anagrama publicará en breve) y se puso manos a la obra con la que debía ser la novela que demostrara que la cosa iba en serio. Y sí, Thirlwell ha vuelto a hacerlo. Porque La huida (Anagrama) es algo así como el Prín de Nabokov citándose en un sórdido motel con el delirante protagonista de Noticia bomba de Evelyn Waugh, mientras, recostado en una butaca, el Gran Gatsby de Francis Scott Fitzgerald se pregunta si la derrota es la única huida posible. «La huida nunca es posible, porque por mucho que escapes, siempre estarás en algún sitio», dice.

Esa fue, de hecho, la premisa para la historia de Raphael Haffner, ex banquero judío de 78 años que recibe masajes (de masajistas deci-



Adam Thirlwell, esta semana, en Barcelona. / DOMÈNEC UMBERT

«Haffner es como Don Quijote, suma derrotas pero nunca se siente derrotado»

«No hay muchas diferencias entre ser joven y ser viejo, el tiempo no existe»

didamente homosexuales) y carantoñas (de una señora casada y a la que aventaja en un cuarto de siglo) en un balneario italiano, mientras espera a que la burocracia local se decida a devolverle lo que es suyo: una villa expropiada a su mujer (ya difunta) por los nazis. Y la co-

sa arranca, nada menos, que con el libertino Haffner metido en un armario espionando a la joven monitorea de yoga Zinka y su novio en plena faena. «Mis novelas suelen partir de una imagen, luego construyo una trama que las siente como anillo al dedo», dice Thirlwell.

Thirlwell, como su protagonista, es judío. «Pero no me tomo muy en serio el tema judío». «Yo creo que la diferencia entre los escritores ingleses judíos y los norteamericanos es que nosotros no somos tan dramáticos. Nos reímos más», dice el escritor. Haffner, por supuesto, es judío. Y está harto de los judíos. Pero lo está porque está harto de sí mismo. «Lo que quiere Haffner es olvidarlo todo, quiere borrarse», dice Thirlwell. Borrarse y entregarse al disfrute del sexo. Porque hay mucho sexo en *La huida* pero casi todo es fracaso. «Creo que sólo hay una escena exitosa en toda la no-

vela», asegura el escritor, para quien Haffner «vive su vida como una derrota». «Es como Don Quijote, suma una derrota tras otra, pero nunca se siente derrotado», apunta.

Una de las cosas que Thirlwell quería explorar a través de las peripecias de Haffner (divertidísimas todas, aunque armas de doble filo agri dulce también) es «la inmadurez, el hecho de que nunca crecemos del todo, o de que el crecer no tiene nada que ver con envejecer», confiesa el escritor, que ha dotado a su protagonista de cierta malévola inocencia, porque Haffner es inocente, sí, pero también egoísta, como dice el narrador, todo un prodigio, por cierto, «lujurioso, hedonista y vanidoso, como todos los hombres». «Después de todo, no hay muchas diferencias entre ser joven y ser viejo, porque el tiempo no existe», dice Thirlwell, que ya trabaja en su tercera entrega.